

Bagdad en el recuerdo

Manuel Rodríguez Maciá

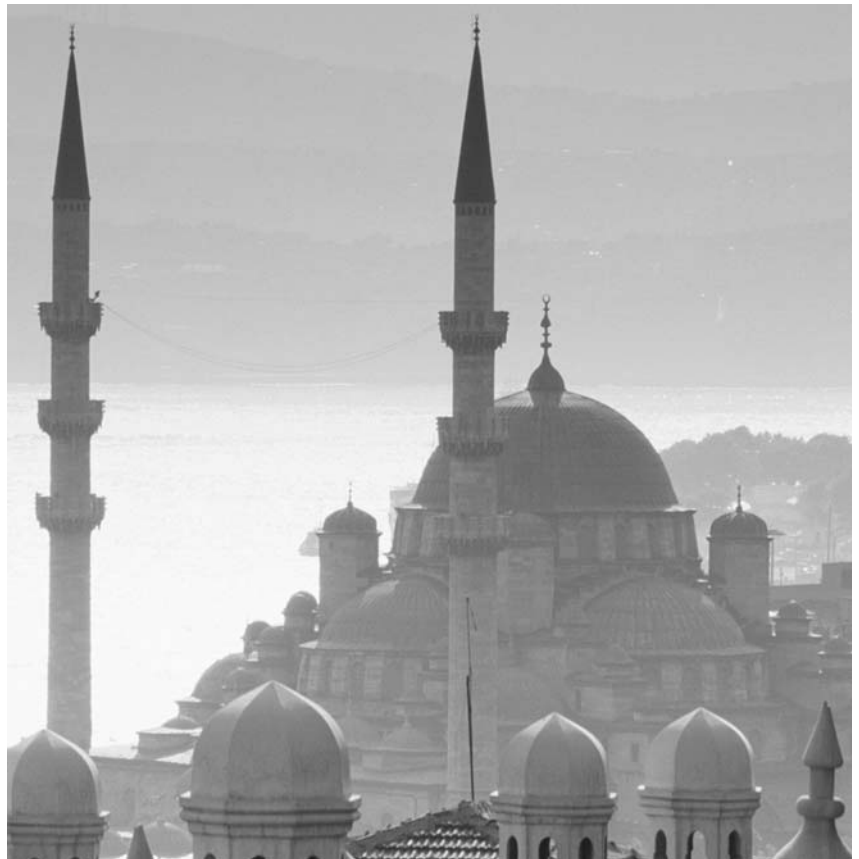
Profesor de Filosofía
Ex alcalde de Elche

Las noticias de estos días nos conducen a Bagdad, quizás la tenía algo olvidada, a pesar de que fue una de las primeras ciudades que se grabaron en la geografía de mi memoria infantil. Especialmente se me hace vivo el recuerdo de aquellos cuentos que me solían poner los Reyes Magos. En sus alforjas, en medio de tantos regalos viajaban también los cuentos y las leyendas de Oriente, El Ladrón de Bagdad, La Cueva de Alí Babá... más tarde en la literatura del Infante D. Juan Manuel amplió al igual que tantos jóvenes el repertorio de los cuentos de las Mil y una noches. También aprendimos en la literatura del Antiguo Testamento la geografía de aquellas tierras, la ciudad de Nínive sobre la que profetizó Jonás, los canales de Babilonia sobre los que se derramaban las lágrimas de los judíos en la espera de su vuelta a la tierra prometida, cuántas veces recuerdo que me dormía con la lectura de aquellos cuentos y me imaginaba cómo podía ser aquella ciudad, y qué lejos el pensar que el camino de Bagdad lo vería a través de la televisión cruzado de columnas militares y qué lejos las noches estrelladas reflejadas en el Tigris y ahora envueltas en columnas de humo, en vez del cielo estrellado que se reflejaba en las ilustraciones de los cuentos y que ahora se nos aparece plagado de misiles y bombas, aunque nos quieran hacer creer que no son más que estrellas fugaces o en todo caso alegres fuegos artificiales. Son bombas inteligentes nos dicen, fíjense, la inteligencia de la que carecen los hombres parece que la poseen las bombas.

Siempre que me ha sido posible, he visitado las ciudades que ya había recorrido en el mundo de la literatura;

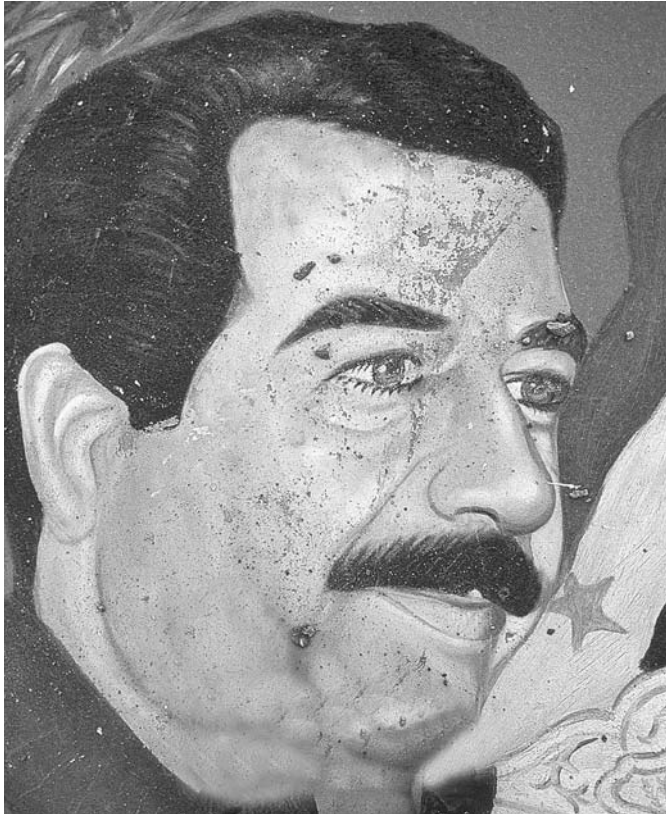
hace unos años, aproximadamente poco antes de la primera guerra del Golfo, tuve la ocasión de estar en Bagdad. Sin duda, no era la ciudad en la que yo de pequeño había soñado, aunque me sentí especialmente familiarizado con ella cuando me encontré con algunos monumentos que representaban aquellos cuentos. La ciudad estaba espléndidamente iluminada, uno de los periodistas señalaba en su crónica de estos días cómo la ciudad a pesar de la lluvia de bombas que caían en la noche se encontraba con una iluminación espléndida. Despertó en mí una sensación especial descubrir el paisaje de los huertos de palmeras, tan parecido al de mi ciudad de Elche. El paisaje propio siempre se descubre en la distan-

cia. En aquella ciudad a pesar del ruido del tráfico rodado se escuchaba el piar de los pájaros, como yo les oía en la mía en aquellos árboles frondosos de algunas plazas y que el actual Ayuntamiento decidió quitar dando muestras de una descomunal falta de estética. Me llamó la atención el hecho de que la inmensa mayoría de los hombres vestían a lo occidental y la ausencia del velo en las mujeres, parece que la reacción ante lo que se siente como agresión de occidente ha hecho que mucha gente vuelva a refugiarse en sus tradiciones. Recuerdo la anécdota de un señor que paseaba con chilaba y turbante, y que por cierto, era un escultor de la provincia de Castellón que estaba trabajando en la realización de aquellos horribles mo-



numentos de simbología militarista que pueblan las plazas de la ciudad de Bagdad. Una ciudad en la que junto a los minaretes de las mezquitas levantaba las torres de las diferentes iglesias, los católicos caldeos, los cristianos nestorianos... y hasta hace no muchos años era considerable la comunidad de judíos, que habían hecho el viaje de vuelta a Babilonia. Un mundo que cuando uno se acercaba a él encontraba mucho más rico y diverso que los estereotipos dados por la lejanía y sobre todo por la ignorancia, parece que en la situación actual esas comunidades van desapareciendo y se impone el uniformismo. Con la desaparición de esas comunidades perdemos una parte de nuestras más íntimas raíces.

Poco hemos sabido de la diversidad de nuestras propias raíces culturales, a mí me parecía revelador que en la cuna de la civilización se encontrasen conviviendo tan diversas manifestaciones culturales. La unidad en la diversidad. Y sobre todo, me impresionó el miedo reflejado en los ojos de los bagdadíes, el terror ante la arbitrariedad más absoluta del régimen, una opresión que se palpaba en el ambiente de la calle con aquellos si-



lencios densos creados por el miedo a que te escuchase cualquier chivato del régimen, que por lo visto abundaban sobre manera, las conversaciones en voz baja en las cafeterías. Por si fuera poco, la figura de Hussein te vigilaba desde el mural de cualquier esquina o desde el monumento en el centro de cualquier plaza o en las fotografías de los hoteles, incluso en la esfera de los relojes de mano estaba la esfinge del dictador, para que no hubiese duda

alguna de quién controlaba la vida minuto a minuto. Entonces, claro está, aquella dictadura estaba homologada y cuando narraba aquellos recuerdos siempre había quien me recordaba lo mucho que occidente le debía a aquel personaje que se enfrentaba con el fundamentalismo de los ayatolás iraníes. Pocos denunciaban el uso de las armas de destrucción masiva contra los pueblos vecinos, no estaba en juego la seguridad de nuestro mundo. ¡Cuánta autocrítica nos hace falta, y qué poco nos hemos ocupado de la gente que en aquellas condiciones estaba en contra del régimen! Tampoco en las manifestaciones que se llevan a cabo estos días en contra de la guerra, en los comunicados que se emiten hay recuerdo alguno para ellos. Pienso cómo será ahora la expresión de terror que al propio se une el que provocan los «salvadores» que descargan para liberarles toda esa máquina infernal. No puedo dejar de pensar en aquellas personas que me hospedaron en sus casas, en el miedo en que vivían mientras nosotros los teníamos de escudo para la penetración del fanatismo y ahora para liberarles se les envía esa lluvia de bombas y misiles sobre el cielo de Bagdad.